



JULIÁN MEZA

La **huella**  
del conejo

La **saga**  
del conejo

Gracias a un pleno dominio de los secretos de la ficción, en estas dos novelas —*La huella del conejo* y *La saga del conejo*— el narrador mexicano Julián Meza redibuja a los protagonistas de uno de los episodios más notables de la historia universal —el «descubrimiento» del Nuevo Mundo y sus inevitables consecuencias, por supuesto, como la batalla marítima librada entre las fuerzas navales de las monarquías de España e Inglaterra— y los transforma en excéntricos personajes que participan en una versión atípica de la novela de aventuras.

*La huella del conejo* y *La saga del conejo* representan un viaje a una época en apariencia remota, en que monarcas, doncellas, poetas, navegantes, piratas y bucaneros, héroes y heroínas, entre muchos otros, conviven plenamente en ese espacio sin tiempo que es la imaginación —de la cual Meza hace un derroche prácticamente inconcebible—, participando en las batallas libradas primero en tierra firme y luego en el vasto e ingobernable mar.

Por si lo anterior fuera poco, no es superfluo mencionar que *La huella del conejo* y *La saga del conejo* atrapan al lector desde la primera oración, ya que están escritas con un lenguaje pulcro y lúdico. Definitivamente, Meza posee una de las prosas más refinadas de la narrativa mexicana contemporánea.

# Índice de contenido

Cubierta

La huella del conejo. La saga del conejo

La huella del conejo

I

1. Tierra
2. La mentira
3. La nave del Almirante
4. La tripulación
5. La Marifortuna
6. El linaje
7. La partida
8. Las naves
9. La travesía
10. Los nombres del arrecife
11. La verdad del arrecife
12. El perfume del arrecife
13. El descubrimiento
14. El otro descubrimiento
15. El tesoro Behemot

II

1. El regreso
2. La conjura
3. La fuga
4. El retorno
5. La ruta de Toscanelli
6. Los versos del Almirante
7. El desembarco
8. El reposo
9. La fiebre
10. El gran Behemot
11. La despedida
12. La verdad de la pollera

III

1. La tercera expedición
2. Pronosticatio
3. La espera
4. La cuarta expedición
5. La gran empresa
6. La peste

IV

1. El desencuentro
2. Los primeros sedentarios
3. La guerra florida
4. El encuentro
5. El capitán Alvar
6. Prosigue el encuentro
7. Segunda pronosticatio
8. Otro encuentro
9. Manola

V

1. La ira de Carlos
2. Se reanuda el encuentro
3. La caída
4. La nueva ley
5. La búsqueda
6. Un hallazgo anterior
7. Otro hallazgo
8. El malentendido

VI

1. La gran alianza
2. La manía
3. El primer visorey
4. El veneno
5. La derrota
6. El orden
7. Los recorridos
8. Gigantes

VII

1. Calibán
2. Delirio edificador
3. Biminí
4. Próspero Procopio
5. Amazonas en Caxas
6. Miguel y Diego
7. Ofir
8. Piromanías
9. Ante la guerra

#### VIII

1. Delirios nuncupatorios
2. Marina
3. Un cronista
4. Otro cronista
5. El apócrifo
6. La estafa
7. Última pronosticatio

#### La saga del conejo

##### I. La armada feliz

1. El hijo de Carlos
2. Piratas
3. La armada feliz (I)
4. La armada feliz (II)
5. La armada feliz (III)
6. La armada feliz (IV)
7. La armada feliz (V)
8. La armada feliz (VI y último)

##### II. The Pilgrim Fathers

1. L'Île de la Tortue
2. Bucaneros
3. Boucans
4. Rarezas
5. Los amos del mar
6. Irregularidades
7. El Norte
8. The Pilgrim Fathers

## 9. Las últimas mentiras

# LA HUELLA DEL CONEJO

*A Selma, argonauta*



*Je propose des fantasies informes  
et irresolues, comme font ceux qui  
publient des questions douteuses à  
débattre aux écoles: non pour établir  
la vérité, mais pour la chercher.*

MONTAIGNE, I, 5



## 1. TIERRA

EN EL principio fue la fiebre; una fiebre abrasadora que enjutas la carne y el alma. Aunque escasa, aún había agua, porque estaba tasada a dos medios cuartillos al día. Sin embargo, ya nadie acudía al trasminado líquido para aliviar su sed. Se había enseñoreado de la embarcación el olor podrido del pescado, cuyo hálito provocaba estragos en la respiración. Anochecía cuando, de pronto, una voz casi tranquila musitó:

—Tierra.

Nunca se sabrá quién profirió esta palabra, pero todos los navegantes creyeron a la voz anónima.

Con el relente pareció disminuir la fiebre. Al amanecer la misma voz anónima se confirmó:

—Tierra.

A partir de entonces todo es confusión. De las brumas emerge un espejismo pelágico y la nave fondea en un universo poblado de arrecifes, algo, fosforescente de ardentía, gasificado.

Es el año 1803 de la era seléucida. También es el año 5459 en el viejo calendario de la creación. En el nuevo calendario gregoriano es el amanecer del 12 de octubre de 1492. A juicio de la posteridad, el Almirante ha descubierto un nuevo mundo.

## 2. LA MENTIRA

La voz mintió, sin proponérselo. Habían avistado el lomo de un pequeño Behemot, a donde poco después llegaron y concelebraron la misa.

La mentira prosperó: siempre se creyeron en una isla. Todavía hoy los descendientes de los protonautas creen habitar una isla o, peor aún, un continente.

Más allá de la mentira está el misterio: ¿Behemot duerme, o se trata de un archipiélago de ballenas varadas, cuyos despojos reposan en la inmensidad del océano? Nadie lo sabrá jamás, a menos que Behemot y su presumible proge nie despierten. Su sueño, sin embargo, puede prolongarse por espacio de quinientos años o más.

Más acá de la mentira están los hechos: el Almirante y los suyos tomaron posesión de la pequeña Jascoyne sin hacer la pregunta que debían hacer. Cometieron así una villanía propiciadora de quinientos años de infortunios.

La primera de todas las desgracias no se hizo esperar: en la pequeña Jascoyne se encontraron todos los protonautas, pero cada uno tomó su propio camino. Más tarde descubrirían que los caminos no conducen a ninguna parte y que la única señal es la búsqueda sin fin y sin retorno del punto de partida.

### 3. LA NAVE DEL ALMIRANTE

Antes y por última vez tierra adentro, en los límites de sus habituales recorridos, la nave fue avistada en aguas del Arno, cerca de Florencia. Luego se perdió de vista aun la estela, tal vez porque a nadie le importaba qué destino tendría. Quizá también por miedo, pues su proximidad era siempre percibida como un mal presagio por quienes la vislumbraban desde las riberas.

Se supone que la nave estuvo luego en Cádiz, pero de esta estancia ahí no existen pruebas.

Hay en cambio quienes aseguran haberla visto rumbo al fin del mundo, una vez que dejó atrás el cabo de Lonxe, la punta final, el Finisterre.

Consta en los registros municipales del puerto de Sevilla la relación completa de los tripulantes de una nave que se hizo a la vela en agosto de 1492 con rumbo desconocido.

## 4. LA TRIPULACIÓN

Según los archivos de la capitanía de Puerto de Santa María, los colonnautas eran en su mayoría hombres de tierra adentro, poco experimentados en el arte de la navegación y ante todo palurdos.

Los oficios que en otras épocas habían ejercido estos hombres y mujeres eran tan diversos como sus orígenes.

Ocupaban un lugar en la nave del Almirante:

un búlgaro, en otros tiempos herrero;

dos occitanos: juglar el uno y albañil el otro;

un corso de oficio desconocido, acostumbrado a bostezar sin respiro y, pese a no respetar las distancias que lo separaban de su amo, criado del Almirante;

dos campesinos piemonteses, infatigables mistificadores de las virtudes de sus viñedos;

un ingenioso mudéjar de ocupación hortelano, emparentado con una descendiente de Tárik ben Zeyad;

un escudero chipriota, lisiado;

un batelero gallego que se complacía en sentenciar seis o siete veces al día:

—Todos los hombres nacieron desiguales. No hay dos que quieran tres hectáreas de tierra y una vaca;

seis andaluces que habían sido servidores de un príncipe nazarí;

un palafrenero que respondía al nombre de Juan Antonio de Ulloa;

Girondo de Siracusa, cartógrafo en sus días hábiles, que no eran muchos;

un blasfemo de origen impreciso;

un menestral lombardo reumático;

un sastre tridentino que entonaba cantigas;

un trafagante murciano;

Jacobo de Nebrija, ciertamente acosado por el delirio y creyente desafortunado, pues carecía de reliquias;  
un arcipreste de Toledo, que compartía la repugnancia del lagarto;  
un pastor azorado por la tramontana;  
un paria bengalí afectado por la lepra;  
un legionario católico irlandés;  
un vecino de Ventorrina de las Rosas y otro de Burrina, tan amigos que sus mujeres los creyeron pederastas y los acusaron de sodomía ante el Santo Oficio;  
un lazarillo segoviano, ciego;  
dos meropios, romeros;  
la doncella Huanguelé Mascardí;  
un arcediano, chozno de un templario de Jerusalén;  
dos vagabundos de edades opuestas: véneto el joven y burgoñón el viejo;  
un corfiota italianizado, Cimón;  
un orto, portador de un espejo de oro y una jofaina;  
Biriguccio de Siena, especialista en pólvora y pirotecnia;  
un ártabro: cruzado imbuido de añoranzas;  
un comendador de Burgos;  
una argonauta georgiana más sensata que Jasón, pues fue de Tbilisi a Milopótamos en busca del vello de oro;  
media docena de cipayos;  
el poeta latino Benvenuto Sperulo Spoletto;  
Catalina de Erauso y Magdalena de Úbeda o Gaspar Muñoz;  
el famoso *jang gun* coreano Yi, Sun Shin;  
tres hidalgos castellanos casados con celestinas;  
un vasco disfrazado de extremeño;  
un florentino que se hacía llamar Toscanelli;  
el marino Pinzón;  
un numulario ginebrino;  
siete forzados;  
un alguacil que carecía de la elegancia del ciervo;  
Teresa de Hernandarias, incestuosa y enmascarada;

un salmantino, buscón;  
una amazona etiope, que no lloraría a un arcabucero muerto en Roma en 1527 y que no era precisamente una viuda como la Turtur, sino un ser de deseo como la perdiz;  
Juana de Castilla;  
un labriego aragonés armado caballero, hijo natural como su padre, a quien llamaban Ferrán el calzonazos;  
Yehudá Flaleví;  
un apotecario napolitano que llevaba siempre consigo un hirba o chorlito o camaleón para curar la epilepsia y un caradrio o Kaladres para curar la ceguera;  
el funcionario de tributos persa Al-Qazwini;  
Maiala y Ana Paula de Lusignan, nietas de Melusina;  
un constructor naval de Provenza, tan hábil en el manejo del menestrete como el naviculario en el manejo del sextante;  
Boabdil;  
un obispo de Plasencia con mitra y báculo en forma de serpiente;  
un abogado de Valladolid, cuyo respeto a las leyes asfixiaba a la gente honrada;  
el banquero genovés Usodimare;  
una mujer de Capadocia que llevaba un pequeño unicornio en su regazo;  
un fabricante de laúdes;  
un trovador, más tonto que un avestruz o Na amat;  
un lansquenete respetuoso de la tradición por el vino a la que invitaba su *Lanz, tringue!*, pues nunca olvidó que (como él mismo decía) si el apetito viene al comer, la sed se va al beber;  
un hacedor de iconos georgiano;  
un fondista noruego llamado Bjarni Grimolfsson;  
Pedro Calvo Barrientos, lampacero;  
un artesano alemán de apellido Behain, especialista en gárgolas;